

VALERIA MANZANO

LA ERA DE LA JUVENTUD EN ARGENTINA

*Cultura, política y sexualidad
desde Perón hasta Videla*



FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

MÉXICO - ARGENTINA - BRASIL - COLOMBIA - CHILE - ECUADOR - ESPAÑA
ESTADOS UNIDOS DE AMÉRICA - GUATEMALA - PERÚ - VENEZUELA

Primera edición en inglés, 2010
Primera edición en español, 2017

Manzano, Valeria

La era de la juventud en Argentina : cultura, política y sexualidad desde Perón hasta Videla / Valeria Manzano. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Fondo de Cultura Económica, 2017.
447 p. ; 23 x 16 cm. - (Historia)

Traducción de: Lilia Mosconi.
ISBN 978-987-719-128-8

1. Historia. 2. Historia argentina. I. Mosconi, Lilia, trad.
II. Título.
CDD 982

Distribución mundial

Armado e imagen de tapa: Juan Balaguer

Título original: *The Age of Youth in Argentina. Culture, Politics, & Sexuality from Perón to Videla*
ISBN de la edición original: 978-1-4696-1161-7
The University of North Carolina Press

D.R. © 2017, FONDO DE CULTURA ECONÓMICA DE ARGENTINA, S.A.
El Salvador 5665; C1414BQE Buenos Aires, Argentina
fondo@fce.com.ar / www.fce.com.ar
Comentarios y sugerencias: editorial@fce.com.ar

FONDO DE CULTURA ECONÓMICA
Carretera Picacho Ajusco, 227; 14738
Ciudad de México

ISBN Argentina: 978-987-719-128-8
ISBN Colombia: 978-958-38-0244-7

Hecho el depósito que marca la ley 11723.

Se terminó de imprimir en el mes de noviembre de 2017
en Nomos Impresores, Diagonal 18 Bis N° 41-17, Bogotá, Colombia.
La tirada fue de 2.000 ejemplares.

Fotocopiar libros está penado por la ley.

Prohibida su reproducción total o parcial por cualquier medio de impresión o digital, en forma idéntica, extractada o modificada, en español o en cualquier otro idioma, sin autorización expresa de la editorial.

IMPRESO EN COLOMBIA - *PRINTED IN COLOMBIA*

ÍNDICE

<i>Agradecimientos</i>	11
<i>Introducción. La era de la juventud</i>	15
I. <i>El espacio de la juventud</i>	43
II. <i>El mundo de los estudiantes</i>	79
III. <i>En la cresta de la nueva ola. Música, esparcimiento y consumo</i>	115
IV. <i>Ella se va de casa. Las jóvenes, el género y la sexualidad</i>	155
V. <i>Una fraternidad de varones pelilargos. El rock y la cultura juvenil contestataria</i>	195
VI. <i>Cerca de la revolución. La juventud se politiza</i>	247
VII. <i>Poner el cuerpo. El cuerpo joven, entre el erotismo y la política revolucionaria</i>	303
VIII. <i>Los jóvenes y la “restauración de la autoridad”</i>	347
<i>Conclusión</i>	387
<i>Bibliografía</i>	397
<i>Índice de nombres</i>	439

Para Mauro y Lucio

AGRADECIMIENTOS

COMENCÉ a escribir este libro mientras cursaba estudios de posgrado en Indiana University. Mi mayor deuda es con Danny James. Quedo eternamente agradecida por su inteligencia, su hospitalidad y su amistad. Vaya también mi gratitud para Arlene Díaz, Jeff Gould y Peter Guardino, amigos y profesores desde el comienzo hasta el final. Todos ellos nutrieron mi comprensión de la historia latinoamericana y fueron ejemplos vivos de la manera de llevar a cabo una investigación histórica. Al principio de mi posgrado también tuve la suerte de trabajar en estrecha proximidad con Joanne Meyerowitz, quien contribuyó de innumerables maneras a mi comprensión de la historia de la sexualidad y el género.

La investigación que subyace a la escritura de este libro se llevó a cabo con el auspicio de diversas instituciones, como el Social Science Research Council, Indiana University College of Arts and Sciences, y, en especial, el American Council of Learned Societies, que me concedió su beca Early Career and New Faculty con el apoyo de la Fundación Andrew Mellon. Mientras investigaba en Argentina conté con la valiosa orientación de muchos bibliotecarios, archivistas y coleccionistas privados. Entre ellos quisiera distinguir a José Robles, encargado del Archivo de la Facultad de Filosofía y Letras, y a Daniel Ripoll, quien preserva una magnífica colección de materiales relacionados con el rock argentino. Como ocurre con la mayoría de los archivistas argentinos, el trabajo de Robles y Ripoll se basa más en la abnegación y el compromiso personal que en el apoyo institucional, y realmente aprecio la generosidad con que ambos pusieron los materiales a mi disposición. También me siento muy agradecida con todos los “jóvenes argentinos de los años sesenta y setenta” que compartieron conmigo sus recuerdos de aquella época. Elaine Maisner, de la University of North Carolina, fue una influencia alentadora y constructiva, incluso cuando este libro en su primera versión era apenas un proyecto. Agradezco asimismo el entusiasmo y el trabajo de Mariana Rey y su equipo, y el enorme trabajo de traducción de Lilia Mosconi.

Muchos otros colegas y amigos me brindaron su apoyo, su aliento y sus ideas a lo largo de los años. Además de ser investigadores pioneros

en el campo de los estudios sobre la juventud latinoamericana de los años sesenta, Eric Zolov y Patrick Barr-Melej fueron interlocutores generosos e inapreciables. Lo mismo vale para Ben Cowan y James Green. En Estados Unidos, muchas otras personas leyeron u oyeron diversas partes de este manuscrito e hicieron comentarios enriquecedores y valiosos. Entre ellos se cuentan Paulina Alberto, Dain Borges, Christopher Dunn, Eduardo Elena, Paul Gootenberg, Donna Guy, Temma Kaplan, Rebekah Pite, Margaret Power, Karin Roseblatt y Mary Kay Vaughan. Matthew Karush y Oscar Chamosa, los lectores asignados por la editorial de la University of North Carolina, aportaron sugerencias espléndidas para la realización del manuscrito, cuya aplicación mejoró sustancialmente el resultado final. Quisiera agradecer en particular a dos personas de Argentina: Juan Carlos Torre y Alejandro Cattaruzza. Cada vez que me embargó alguna duda sobre la relevancia del proyecto, Juan Carlos volvió a convencerme de que era importante estudiar lo que él siempre ha denominado “la era de la juventud”. Alejandro estuvo cerca del proyecto desde el comienzo: me ayudó a eludir lugares comunes y siempre se mostró dispuesto a compartir ideas y recuerdos. Esta obra también se benefició inmensamente de las conversaciones formales e informales que mantuve con Omar Acha, Pablo Buchbinder, Lila Caimari, Adrián Gorelik, Mirta Lobato, Mariano Plotkin, María Ester Rapalo, Juan Suriano y Hugo Vezzetti, así como de las percepciones que todos ellos me aportaron. Tuve la inmensa fortuna de contar con dos compañeras de viaje dedicadas al estudio de “los sesenta de otra manera”: Isabella Cosse y Karina Felitti. Isabella, además de leer todas las versiones de este texto y ofrecer sugerencias invaluable, ha sido el puente para que la edición en castellano pueda ver la luz.

Mis amigos y mi familia también colaboraron con este proyecto de innumerables maneras, en especial, haciéndome la vida más fácil. Muchísimas gracias a mis amigos y colegas Pablo Ben, Leandro Benmergui, Esteban Campos, Matthew Edwards, Solange González, Hernán Feldman, Katharine French-Fuller, Paula Halperin, Marlene Medrano y Mollie Nouwen. Hace muchos años tengo la suerte de compartir mi vida con tres amigos inigualables: Cristian Aquino, Ariel Eidelman y Laura Ehrlich. A ellos tres va mi gratitud, también, por tolerar ausencias. Mis padres y mi hermana Virginia han logrado acortar la distancia de miles de kilómetros que nos separó durante años. Las conversaciones con mis padres, que también fueron jóvenes argentinos de los años sesenta, me recorda-

ron constantemente el valor de este proyecto. Pero sobre todo quiero agradecerles el refugio que me brindaron con su amor y su acompañamiento. Virginia siempre ha sido una presencia cercana, no solo como ejemplo de académica y fuente de motivación, sino también como hermana mayor. Martín, Vicente y Daniel Córdoba completan el cuadro con su ternura y alegría de siempre.

Por último, vaya mi gratitud para Mauro Pasqualini, quien contribuyó a este libro de innumerables maneras. Mauro no leyó el manuscrito palabra por palabra ni toleró todas mis obsesiones durante la escritura, y se lo agradezco. También quiero darle gracias por su confianza inquebrantable, por su inteligencia y por su sentido del humor... y por haber enriquecido mi vida. Nuestro hijo Lucio llegó a este mundo cuando el libro estaba cerca del final. Desde entonces, la vida ha sido más gratificante que nunca.

INTRODUCCIÓN. LA ERA DE LA JUVENTUD

EN SEPTIEMBRE de 1966, el semanario *Confirmado* publicó un extenso “Informe sobre la juventud” con miras a dilucidar si los jóvenes argentinos habían desarrollado la misma unidad de “conciencia y experiencia” que el periodista creía ver en la Europa de posguerra. La respuesta no era concluyente. Por un lado, el autor de la nota alegaba que “tan solo un giro de la fantasía podría establecer un vínculo entre Rubén, un albañil de 25 años que llegó al Gran Buenos Aires desde Santiago del Estero, y Ricardo, un empresario de 21 años que habita en el centro porteño”. Y más difícil aún era encontrar puntos de conexión entre esos dos varones y Ana, una adolescente de clase media baja que cursaba el último año de la escuela secundaria. Por el otro lado, el cronista detectaba algunos aspectos en común. En primer lugar, aunque sus preferencias variaban, todos los entrevistados admiraban a “ídolos musicales juveniles” y estaban “dispuestos a gastar su tiempo y su dinero para seguirlos y comprar sus discos”. En segundo lugar, aunque el albañil simpatizaba con el peronismo y el empresario se inclinaba por la “socialdemocracia”, el periodista veía en ambos la misma actitud “moderada y racional” respecto de la política. En tercer lugar, había algo que sin duda unificaba a todos los jóvenes entrevistados (y los diferenciaba de sus padres): su posición frente a la sexualidad. “Aceptan las relaciones prematrimoniales sin prejuicios” —señalaba el periodista—, pero rara vez fuera de un contexto ligado “al amor y al matrimonio”.¹ Este es apenas uno más entre los innumerables informes que proliferaron en los medios a lo largo de los años sesenta, pero se distingue del resto en su iniciativa de interrogar la categoría de “la juventud” atendiendo a diferencias de clase y de género (“los” y “las” jóvenes). Sin embargo, como la mayoría de los informes, este también hace hincapié en tres aspectos cruciales que invocaba “la juventud” y

¹ “Informe sobre la juventud”, en *Confirmado*, núm. 65, 15 de septiembre de 1966, pp. 65-67.

que los jóvenes contribuyeron a transformar en Argentina: la cultura, la política y la sexualidad.

La juventud como categoría y los jóvenes como actores adquirieron por momentos una fuerte presencia en la política y la cultura del país durante la primera mitad del siglo xx. En 1918, Argentina fue la cuna del Movimiento por la Reforma Universitaria, codificado en gran medida como una revuelta juvenil antijerárquica que los estudiantes reformistas tradujeron en consignas contra el conservadurismo académico y político de casi todos los profesores, es decir, de sus mayores. Además de sentar las bases para el gobierno autónomo de las universidades, el movimiento reformista marcó el comienzo de una creciente conciencia política entre los estudiantes y favoreció la creación de ramas juveniles en el Partido Socialista (1919) y el Partido Comunista (1921). Pero el lenguaje de revuelta juvenil fue evaporándose a medida que el reformismo devenía en la base programática de una identidad cultural y política para las clases medias “progresistas”, sin distinciones partidarias ni etarias.² En un plano diferente, la expansión y consecuente diversificación de la cultura de masas abrió las puertas a la difusión de modas y prácticas de esparcimiento específicamente juveniles. La “chica moderna” transnacional —el arquetipo que los estadounidenses bautizaron *flapper*: una joven de pelo corto, figura esbelta y actitud independiente— también tuvo su correlato argentino; o al menos las revistas y las letras de tango produjeron esa imagería e incitaron preocupaciones por los hábitos sexuales de la juventud en la Buenos Aires que se modernizaba con el correr de los años veinte y treinta.³ Más aún, a fines de los años cuarenta aparecieron los “petiteros”: varones jóvenes de clase media que andaban en grupos por la ciudad, rompiendo los moldes de la sociabilidad barrial que congregaba a hombres de todas las edades en los cafés, las esquinas y los clubes sociales. Los petiteros que irrumpieron en las zonas céntricas de las grandes urbes —Buenos Aires, Córdoba y

² Sobre el reformismo como identidad cultural y política para las clases medias “progresistas”, véase Sigal, *Intelectuales y poder en la década del sesenta*, pp. 63-80; para consultar crónicas generales del Movimiento por la Reforma Universitaria en la Argentina de los años veinte y treinta, véase Biagini, *La Reforma Universitaria*.

³ Sobre las reverberaciones transnacionales de esa figura, véase Modern Girl around the World Research Group, “The Modern Girl around the World: A Research Agenda and Preliminary Findings”; respecto a Buenos Aires, véase Tossounian, “The Argentine Modern Girl...”.

Rosario— lucían una moda estilizada, escuchaban jazz en lugar de tango y evitaban mezclarse con hombres de otras generaciones.⁴ Hacia mediados del siglo xx, los argentinos ya se habían habituado al universitario politizado, la “chica moderna” y el varón iconoclasta, entre otras figuras juveniles que amenazaban con desbaratar el orden sexual, cultural y político establecido. Pero la auténtica “era de la juventud” comenzó recién a mediados de los años cincuenta.

En este libro examino el proceso a lo largo del cual la juventud devino una categoría cultural y política crucial de Argentina —y los jóvenes se contaron entre los actores culturales y políticos más dinámicos del país— entre las décadas de 1950 y 1970. Con el foco puesto tanto en los actores adultos que hablaron sobre la juventud o interpelaron a los jóvenes (desde psicólogos, educadores, políticos y ligas de padres hasta publicistas y productores musicales) como en las experiencias de mujeres y varones jóvenes, intento desentrañar todo lo que este proceso —la construcción de la juventud— revela sobre la imagen que los argentinos tenían de sí mismos en tiempos de rotundas transformaciones culturales y fuertes convulsiones políticas, inmersas en un incontenible afán por la novedad y el cambio. A medida que avancemos en la exploración iremos viendo que la juventud, como concepto, encarnó esperanzas y ansiedades proyectadas en reclamos de cambio, y que los jóvenes habitaron con diversos grados de intensidad esa categoría de fuerte carga política y cultural. A lo largo de ambas décadas, mujeres y varones de los estratos obreros y medios que habitaron sucesivamente la categoría de la juventud —aunque de diversas maneras— enarbolaron los aspectos más significativos de las dinámicas de modernización socio-cultural de Argentina.

La juventud fue portadora de las dinámicas de modernización socio-cultural y *también* de sus descontentos, expresados bajo las formas de rebelión cultural y radicalización política. A partir de los años cincuenta, los jóvenes se beneficiaron con la renovación de la confianza social en las virtudes del cambio acelerado, que reverberó en la contundente expansión de la matrícula secundaria y universitaria. La participación de las nuevas cohortes en esas dinámicas también adquirió significados

⁴ En *Buenos Aires*, Goldar ofrece un cuadro vívido de la sociabilidad y la moda de los petiteros; sobre la sociabilidad en los clubes sociales en relación con el fútbol, véase Archetti, *Masculinities*.

más difusos: los jóvenes crearon novedosos espacios y estilos de sociabilidad, reformularon las prácticas de consumo y cuestionaron normas profundamente arraigadas de la interacción familiar y social. En el magma de este proceso sociocultural transformador, la juventud contribuyó activamente a cambiar las relaciones de género, alterar los hábitos y comportamientos sexuales, redefinir los significados del erotismo. Tanto en conjunto como aisladamente, las nuevas experiencias y prácticas crearon situaciones conflictivas en los ámbitos de la familia, la cultura y la sociedad, de las más diversas intensidades y sincronías. La observación simultánea de estas tracciones hacia el cambio sexual y sociocultural, por una parte, y las reacciones opositoras e incluso escandalizadas, por la otra, nos permite ver con claridad la índole contenciosa de las dinámicas de modernización. Por el lado de muchos jóvenes, el descontento también abrevó en un repertorio transnacional de imágenes, sonidos e ideas que recorrieron el mundo de entonces. Mientras un segmento de jóvenes cuestionaba con actitudes iconoclastas el autoritarismo que ponía límites a la dinámica de la modernización sociocultural, otros impugnaban los aspectos excluyentes de la modernización e identificaban a Argentina con el convulsionado Tercer Mundo. Estos descontentos se plasmaron en una cultura juvenil contestataria que muchos actores trataron de eliminar violentamente. El hilo unificador que propulsó todos los movimientos convergentes en la era de la juventud fue el modo en que los argentinos concebían, construían e imponían la autoridad en sus sentidos culturales y políticos.

Este libro se detiene en las principales coyunturas que marcaron la multifacética “era de la juventud”. La primera se sitúa en 1956. En la estela del golpe de Estado que derrocó a Juan Domingo Perón en su segundo mandato y noveno año de gobierno (1946-1952 y 1952-1955), una miríada de actores proyectó en la juventud sus expectativas respecto de la Argentina posperonista, que en su imaginación era racional, moderna y democrática. Ese año, por ejemplo, la psicóloga Eva Giberti inició su exitosa Escuela para Padres, un espacio creado con el fin de capacitar a padres y madres en nuevos métodos de socialización para el ámbito familiar, que entrañaban una reformulación de los vínculos intergeneracionales y la eliminación de los aspectos más crudos del patriarcado. En 1956, también, los cada vez más numerosos estudiantes secundarios comenzaron a ser expuestos a un controvertido programa de “educación democrática”, concebido con el propósito de expurgar los

supuestos efectos del peronismo en los valores morales y políticos de la juventud. En el nivel de la educación superior, los estudiantes emprendieron proyectos que reflejaban su aspiración de convertir la universidad en una vitrina para exhibir el “despegue” económico y sociocultural del país. Otro acontecimiento de igual relevancia para la coyuntura argentina de 1956 fue la llegada del rock, una novedad en torno a la cual los jóvenes organizaron nuevas actividades de esparcimiento y consumo.

Embebido en el fracaso de los proyectos democratizadores, el sustrato cultural del decenio posterior a 1956 se caracterizó por la convergencia del anhelo y el temor ante lo nuevo. Los proyectos políticos pergeñados tras el golpe de Estado que derrocó a Perón desbordaban de retórica democrática, pero a la vez se apuntalaban en la proscripción de la fuerza política más significativa: el peronismo. El régimen militar de la auto-denominada Revolución Libertadora (1955-1958) no solo proscribió a Perón y su movimiento, sino que además intentó dismantelar los legados sociales del gobierno derrocado, en especial la redistribución de la riqueza en favor de los trabajadores. A continuación, Arturo Frondizi (1958-1962) llegó a la presidencia tratando de seducir al electorado peronista con promesas de impulsar el desarrollo económico nacional. Sin embargo, su política concreta consistió en atraer capitales extranjeros para la explotación de las más diversas actividades, desde la industria automotriz hasta el entretenimiento. Tanto el “desarrollismo” de Frondizi como su intento de seducir a los trabajadores y su promesa de sentar las bases para un proyecto democrático quedaron a mitad de camino: tras el breve interregno de José María Guido, Arturo Illia (1963-1966) se topó con dilemas similares. La inestabilidad política coincidía con el rápido avance de profundas transformaciones socioculturales orientadas hacia la celebración de lo “nuevo”. A medida que la autoridad asociada al pasado recibía impugnaciones simbólicas y prácticas, la categoría de la juventud devenía en metáfora del cambio, y reflejaba sucesos similares de Europa y también de otros países latinoamericanos.⁵ En calidad de estudiantes, consumidores y productores culturales, habitantes de una nueva sociabilidad y forjadores de nuevos hábitos sexuales, los jóvenes se convirtieron en portadores y en destinatarios de la modernización: según la acer-

⁵ Sobre estas capacidades metafóricas, véase Passerini, “La juventud, metáfora del cambio social”.

tada síntesis del sociólogo Juan Carlos Torre, la juventud fue “el síntoma más significativo” de la modernización sociocultural.⁶

Hacia el año 1966, afloraron cambios notables en diversos planos relacionados con la “era de la juventud”, que en conjunto marcaron el comienzo de una nueva coyuntura. Ese año, por ejemplo, salió “Rebelde”, la canción del trío Los Beatniks que presentó en sociedad la emergente cultura del rock vernáculo. La mayoría de los músicos, poetas y fans que fueron artífices de esa cultura impugnaron los sentidos más arraigados en torno a la masculinidad mientras forjaban una contundente ideología antiautoritaria a contrapelo de la idiosincrasia moralista que bregaba por imponer el gobierno de facto encabezado por el general Juan Carlos Onganía (1966-1970). El año 1966 también trajo la minifalda y los pantalones ajustados, las nuevas prendas de moda entre las jóvenes, cuya irrupción no fue menos escandalosa que la iconoclastia de los varones rockeros. Estas indumentarias de moda suscitaban caldeados debates sobre la moral y las costumbres sexuales y, en un sentido más general, fueron conductos a través de los cuales las jóvenes redefinieron el erotismo. Y 1966, asimismo, fue el año de un acontecimiento bastante más notorio: la intervención de las universidades públicas autónomas decretada por el régimen de Onganía en el intento de despolitizar el movimiento estudiantil. Lejos de surtir el efecto deseado, la intervención solo consiguió radicalizar a muchos más estudiantes, cautivados por lo que percibían como el indetenible avance de la ola revolucionaria mundial. Desde la mirada retrospectiva que las engloba en la “era de la juventud”, las figuras del pibe rockero, el militante revolucionario y la joven “erotizada” no existieron por separado. Por el contrario, las tres figuras interactuaron (en diversas etapas de su trayectoria individual o en sus diversos grupos de pertenencia) como participantes de una emergente cultura contestataria multifacética que era producto de las dinámicas de modernización sociocultural que habían transformado la vida de los argentinos y a la vez ponía en tela de juicio algunos aspectos cruciales de esas dinámicas, en especial, la persistencia del autoritarismo político y cultural.⁷

Esta segunda coyuntura de la “era de la juventud” (de 1966 a 1974) se caracterizó por los intentos de introducir cambios sociales radicales

⁶ Torre, “A partir del Cordobazo”, p. 21.

⁷ Cattaruzza, “El mundo por hacer”.

en direcciones encontradas. De hecho, el régimen de Onganía trató de imponer una transformación drástica de la sociedad argentina: “liberalizar” la economía, desregular las relaciones sociales y restaurar las jerarquías en todas las esferas de la vida social (incluidas las universidades). El fracaso de su intentona salió a la luz en mayo de 1969, con el estallido de revueltas sucesivas y concatenadas en las ciudades de Corrientes, Rosario y Córdoba. Los jóvenes que protagonizaron esas revueltas, en su mayoría estudiantes, lucharon junto con los trabajadores y otros sectores de las clases medias y populares en protesta contra el régimen de Onganía y sus políticas sociales. Mayo de 1969 fue la gran escena apoteótica que anunció la caída de ese régimen y el ascenso de una nueva dinámica de politización social expansiva cuya protagonista estelar fue la juventud. En un fenómeno colectivo sin precedentes en el país, los jóvenes engrosaron las filas de las organizaciones estudiantiles, políticas y guerrilleras (cinco de las cuales ya tenían presencia nacional en 1970). Frente a ese contexto, los militares iniciaron negociaciones con Juan Domingo Perón, que culminaron en la convocatoria electoral de 1973. El peronismo atraía ahora a un nuevo electorado juvenil que vislumbraba ese movimiento como una “vía nacional” hacia el socialismo. En la “primavera democrática” de 1973, primero Héctor J. Cámpora y después Perón encabezaron los sueños de la liberación nacional y social que muchos jóvenes creían al alcance de la mano. Pero la primavera fue breve.

Con el correr de los años setenta, un amplio arco de actores culturales y fuerzas políticas convergió en un proyecto de reacción contra la cultura contestataria corporizada en la juventud. Representantes de un espectro que abarcaba desde el catolicismo conservador hasta el peronismo de derecha, estos actores y fuerzas se embarcaron en un proyecto con miras a “restaurar la autoridad”, impulsado por las ideas y preocupaciones que habían restringido el alcance de las dinámicas modernizadoras en marcha desde mediados de los años cincuenta. En el transcurso de 1974 comenzó una nueva coyuntura, marcada por este proyecto abiertamente reaccionario que efectuó una profunda transformación de las condiciones vigentes para la sociabilidad, la sexualidad y la política de los jóvenes. Ese año, el gobierno peronista promulgó leyes y decretos que restringieron la distribución de anticonceptivos, incrementaron las penas por tráfico y consumo de “estupefacientes” (además de autorizar el monitoreo de lugares donde se congregaban los jóvenes) e

iniciaron la progresiva clausura de las escuelas y las universidades como espacios legítimos para la militancia estudiantil. La última dictadura militar (1976-1983) magnificó el proyecto orientado a “restaurar la autoridad” con la promesa de restablecer el “orden” en la sociedad argentina. Desde el punto de vista ideológico y cultural, ese orden se basaría en el acatamiento de lemas como el de “Dios, patria y familia”. Ese proyecto de imposición de disciplina en la sociedad argentina se montó sobre las prácticas sistemáticas de terror estatal que se abatió sobre los “enemigos” del régimen con un despliegue masivo de secuestros, torturas y desapariciones. El 70% de los más de veinte mil desaparecidos eran jóvenes de 16 a 30 años.⁸ Muchos habían sido partícipes de la multifacética cultura contestataria que marcó el apogeo de la juventud en la vida política y sociocultural de Argentina. Con la vida de esos jóvenes, también se apagó trágicamente la era de la juventud.

ESCRIBIR LA HISTORIA DE LA JUVENTUD

En tanto constituye una investigación sobre la época que marcó el ascenso de la juventud como categoría y de los jóvenes como actores hacia un sitio destacado de la vida pública argentina, este libro se inscribe en el emergente campo de la historia de la juventud. El estudio de esta “edad” ofrece a los historiadores la oportunidad de establecer conexiones entre múltiples niveles analíticos (la historia social, cultural, política, sexual) e interrogar la construcción recíprocamente constitutiva de “la juventud” y “lo transnacional”. La juventud como categoría sociocultural adquirió prominencia en el transcurso del siglo xx. Los discursos psicológico, sociológico y educativo sobre la juventud guarnecieron la nueva categoría con atributos cruciales de la modernidad a medida que circulaban transnacionalmente. La juventud representaba una edad intermedia e indicaba un pasaje, y por lo tanto significaba transición y movimiento.⁹ Mientras el discurso sobre la juventud se desplazaba a través de las fronteras, las condiciones socioculturales que habilitaban

⁸ García, *El drama de la autonomía militar*, pp. 500 y 504.

⁹ Entre los estudios psicológicos y antropológicos pioneros sobre la adolescencia y la juventud, se destacan las obras de Hall, “Initiation into Adolescence”, y Mead, *Adolescencia, sexo y cultura en Samoa*. En “Youth and Cultural Practice”, Bucholtz ofrece un panorama general del discurso sociológico sobre la juventud.

a mujeres y hombres a ocupar esa categoría —como la expansión del sistema educativo y la eclosión de la cultura de masas, por nombrar las más obvias— también se desplazaban por el mundo, aunque con distintas identidades, modalidades y sincronías.¹⁰

Como historia cultural, sexual y política de la juventud, este libro no examina una generación en particular. Creo importante mencionar esa diferencia, porque los dos términos han estado tan entrecruzados que a menudo se usan de manera indistinta. En las humanidades y las ciencias sociales, el término “generación” remite a la obra de Karl Mannheim, para quien

la *situación de clase* y la *situación generacional* (la comunidad de pertenencia a años de nacimiento próximos) tienen algo en común, debido a la posición específica que ocupan en el ámbito sociohistórico los individuos afectados por ellas. Esta característica común consiste en que limitan a los individuos a determinado terreno de juego dentro del acontecer posible y que les sugieren así una modalidad específica de experiencia y pensamiento.¹¹

Es un concepto seductor, sin duda, pero sus posibilidades heurísticas son limitadas para el análisis histórico. La pertenencia al mismo grupo etario rara vez basta para garantizar una unificación de perspectivas y experiencias. Aun cuando un acontecimiento a gran escala, como una guerra, provea a un grupo etario de una referencia compartida, en los miembros de ese grupo se entrecruzan tantos ejes culturales y sociales (como la clase, el género, la raza y la religión) que la incidencia de su temporalidad compartida puede diferir por completo. Aunque los historiadores seguramente están al tanto de estos problemas, muchos insisten en ligar la juventud a la generación, a veces hasta el punto de tomar a las generaciones por entidades concretas, perdiendo de vista el mecanismo representacional que presupone el concepto.¹² Tal como señala el crítico cultural Leerom Medovoi al analizar la “generación *beat*” esta-

¹⁰ Mintz, “Reflections on Age”.

¹¹ Mannheim, “El problema de las generaciones”, p. 209. Las cursivas pertenecen al original.

¹² Véanse, por ejemplo, Sirinelli, *Les baby-boomers*; Austin y Williard, *Generations of Youth*; Roseman, *Generations in Conflict*. Mis reflexiones sobre la validez heurística de “juventud” versus “generación” se basan en el análisis que ofrece Jobs en *Riding the New Wave*, pp. 7-9.

dounidense, esta cobró existencia cuando fue nombrada, es decir, cuando los medios y las voces más resonantes de un grupo sociocultural y etario la representaron.¹³ En la Argentina de los años sesenta, por ejemplo, el escritor David Viñas decía pertenecer a una “generación frustrada”, supuestamente como resultado de su común experiencia de intolerancia frente al gobierno peronista y de “traición” ante los fallidos intentos de democratización y desarrollo que había encarnado la figura del presidente Frondizi.¹⁴ Pero ni esta representación ni otras que brotaron aquí y allá durante los años sesenta prosperaron fuera de los círculos intelectuales. Aunque yo no aplico un marco generacional para estudiar la juventud, en ocasiones uso el término “intergeneracional” para referirme a la interacción entre grupos etarios, como las relaciones entre adultos y jóvenes.

Desde mediados del siglo xx hasta fines de los años setenta, las franjas etarias que conformaban “la juventud” variaron según las instituciones, las normas o los grupos que definían sus parámetros. La ley 17771 que reformó el Código Civil en 1968, por ejemplo, estableció la edad de 21 años como umbral de la adultez legal, pero incluyó a las personas de 18 a 21 años en la peculiar categoría de “menores adultos”, con potestad para celebrar contratos de trabajo, disponer libremente de haberes o posesiones y emitir sufragio. Por otra parte, en la práctica y el discurso de la psicología, una disciplina muy influyente por entonces en el imaginario público, “juventud” se entreveraba con “adolescencia”. En lo concerniente a la edad, el Centro de Psicología Evolutiva de la Universidad de Buenos Aires (UBA) determinó en 1958 que solo los individuos de 14 a 21 años eran aptos para recibir tratamiento. En 1972, el director del Departamento de Psicología Adolescente de un hospital público modelo aclaró que sus tratamientos alcanzaban a personas de 12 a 22 años. También en 1972, los numerosos y diversos grupos que confluyeron en la Juventud Peronista se embarcaron en un serio debate sobre los límites etarios para la pertenencia a la organización y consensuaron el tope máximo en la edad de 30 años.

La maleabilidad de las franjas etarias que contaban como “jóvenes” sirve para recordarnos que la juventud no es una etapa biológica de la vida, sino un constructo histórico intrínsecamente ligado a la moder-

¹³ Medovoi, *Rebels*, p. 216.

¹⁴ David Viñas ofrece un retrato de esa “generación frustrada” en su novela *Dar la cara*.

nización. Cuando aún se oían los ecos de las revueltas que conmovieron al mundo en 1968, John Gillis y Paula Fass, historiadores pioneros de los estudios sobre la juventud, localizaron el advenimiento de una experiencia juvenil específica en el contexto de cambios que afectaban los patrones demográficos, socioeconómicos y educativos. El desarrollo del capitalismo y la cultura de consumo en la Europa Occidental del siglo XIX y los Estados Unidos de los años veinte —argumentaron respectivamente Gillis y Fass— sentó las bases para diferenciar un segmento poblacional que alargaba su permanencia en el sistema educativo, posponía la formación de una familia y, tarde o temprano, disponía de un ingreso propio.¹⁵ En las últimas dos décadas, los modos de aproximarse a la historia de la juventud han variado en, al menos, tres sentidos. Por un lado, historiadores que abordan casos alejados del Atlántico Norte han puesto en cuestión las cronologías pretendidamente universales de los estudios pioneros, que localizaban una irrupción juvenilista en el umbral del siglo XX, para enfocarse en las décadas centrales del siglo y en la visibilidad creciente de la juventud en articulación con procesos político-culturales, además de sociodemográficos. Por otro lado, aunque se trate de estudios de escala nacional, una mayoría presta atención a los efectos de apropiaciones locales de flujos de bienes, ideas e imaginarios de circulación global. Algunos historiadores, así, han reparado en las distintas llegadas del rock a espacios tan diversos como México, Corea del Sur o Ucrania, y han mostrado cómo una forma musical y una serie de estilos culturales “importados” sirvieron para dinamizar disputas culturales y políticas alrededor de nociones de autoridad, gusto y jerarquías tanto como de sentidos de lo nacional y de otros colectivos —incluyendo por supuesto al juvenil—. ¹⁶ Por último, los historiadores han prestado más atención a la interconexión entre edad, clase y género a la hora de analizar la emergencia de colectivos juveniles, intentando mostrar cómo diversas cristalizaciones de juventud operaron de manera excluyente. Por ejemplo, en los sentidos más extendidos que asumió en lugares tan alejados como Tanzania, la ex Unión Soviética y también Argentina en la década de 1960, el colectivo “juventud” no contenía a los y las jóvenes de edad asentados en áreas

¹⁵ Gillis, *Youth and History*; Fass, *The Damned and the Beautiful*.

¹⁶ Zolov, *Refried Elvis*; Pil Ho Kim y Hyunjoon Shin, “The Birth of ‘Rok’”; Risch, “Soviet ‘Flower Children’”.

rurales.¹⁷ La advertencia sobre las exclusiones sociales que operan en las diversas construcciones históricas de la juventud ha sido en buena medida posible por la creciente desconfianza —teórica e histórica— en las nociones de modernización.

La nueva historiografía de la juventud —de la cual forma parte este libro— sugiere historizar el concepto de modernización. Tomando nota de las críticas que desde la antropología se han realizado a las diversas “teorías de la modernización”, que suponían (aun con sus matices) la existencia de un *proceso* social que seguía un curso evolutivo, tendencialmente homogeneizador y universalizante,¹⁸ optaré por analizar *dinámicas* de modernización sociocultural, que incluyen no solamente la ampliación de las matrículas en escuelas y universidades o las profundas transformaciones en las culturas del consumo, sino también los efectos que esas dinámicas tuvieron en zonas más difusas de las vidas familiares, en las construcciones de nuevas subjetividades (incluyendo las juveniles), y las múltiples reacciones que generaron en las relaciones entre adultos y jóvenes. La opción por atender a dinámicas restituye, a mi criterio, la posibilidad de analizar conflictos y tensiones en cada una de ellas y de enfatizar así su carácter contencioso, que ha sido el carácter de esa “era”. Durante la década de 1960, la “modernización” fue una suerte de categoría nativa, no privativa de quienes tenían familiaridad directa con las ciencias sociales, donde se formuló de modo más sistemático. En sus usos más corrientes, la palabra invocaba sentidos de cambio profundo en todas las esferas de la vida social y, entre los más optimistas cultores del término, también las promesas de homogeneización. No casualmente fue en esa década cuando se consolidaron las visiones de Argentina como una “nación de clase media” —a las cuales con tanto ahínco se opusieron los jóvenes que, en su socialización política de fines de la década, identificaban al país como uno más del Tercer Mundo—. En este sentido, con un foco puesto en los jóvenes y en las dinámicas de modernización sociocultural que ellos protagonizaron, este libro muestra una historia de los años sesenta en la cual se transformaron también los modos de construir identificaciones de clase, al pluralizarse las experiencias y los sentidos de pertenencia a una “clase

¹⁷ Fürst, *Stalin's Last Generation*; Ivaska, *Cultured States*.

¹⁸ Para una crítica desde la antropología véanse Escobar, *La invención del Tercer Mundo*; y desde la historiografía Weinstein, “Developing Unequality”.

media” y reconfigurarse además los modos de vivenciar de una juventud trabajadora.¹⁹ En el espacio social supuestamente homogeneizante de las culturas del consumo, se modelaron sentidos de pertenencia y diferencia de clase en las décadas centrales del siglo xx en Argentina.

Fue en ese momento cuando mujeres y varones jóvenes de edad comenzaron a ocupar en masa la categoría de la juventud. Apuntalada por muchos de los efectos que la “democratización del bienestar” peronista brindó a amplios sectores de la población, la aparición de la juventud como categoría visible en Argentina se encuadró en los debates sobre la democracia, el autoritarismo y la modernización que tenían lugar en diversos espacios políticos y culturales del país. Sin embargo, tanto los términos de la conversación como el auge de la juventud por se formaban parte de un movimiento que se expandió por el mundo desde el fin de la Segunda Guerra Mundial hasta bien entrada la década de 1960. La aparición de la juventud a lo largo de esas décadas transformadoras sentó las bases para que cada sociedad reformulara los conceptos a través de los cuales imaginaba su futuro. En su obra sobre la Francia de posguerra, por ejemplo, el historiador Richard Jobs analiza en detalle un contexto donde la juventud simbolizó las promesas de reconstrucción y la sed de novedades.²⁰ La reverberación de estas metáforas en los debates de la Argentina posperonista, incluida la centralidad de la juventud, permite constatar hasta qué punto los discursos locales abrevaron en los paisajes culturales e intelectuales europeos, e indica cuán simultáneos fueron los auges de la juventud. En ambos países, además, el discurso público sobre la juventud colocó en un irrevocable primer plano las ideas de cambio en varios “terrenos controvertidos”. Tal como en Canadá británico y en Tanzania, hablar sobre la juventud en Francia y en Argentina implicaba hablar de sexo, y viceversa.²¹

Las investigaciones históricas más recientes sobre la juventud y la sexualidad en la inmediata posguerra y la década de 1960 han comenzado a revisar los abordajes de las “revoluciones sexuales”. En sus obras sobre Estados Unidos, Francia y Alemania Occidental, Beth Bailey, Anne-Marie

¹⁹ Para un análisis de la pluralización de las experiencias y los sentidos de “clase media”, véase Cosse, “Las clases medias en la historia reciente latinoamericana”.

²⁰ Jobs, *Riding the New Wave*.

²¹ Acerca de los debates sobre la juventud y la sexualidad en Canadá británico y Tanzania, véanse Adams, *The Trouble with Normal*, e Ivaska, “Anti-Mini Militants Meet Modern Misses”.

Sohn y Dagmar Herzog dejaron de lado el enfoque que centraba la atención en los grupos más resonantes (como los movimientos por la liberación femenina y los derechos de los homosexuales) y en las reivindicaciones del “amor libre”, para poner de relieve un fenómeno cuya crucial importancia suele pasar desapercibida: la aceptación pública del sexo prematrimonial. Esa fue, de acuerdo con esos estudios, la piedra angular de las revoluciones sexuales.²² En línea con la obra de la historiadora Isabella Cosse, que inscribe este devenir en el marco de una “revolución sexual discreta”, el presente libro constata el mismo fenómeno en Argentina.²³ Pero vale la pena aclarar que el sexo prematrimonial, antes de normalizarse públicamente en la intersección de los años sesenta y setenta, había constituido un tema clave de preocupación familiar y cultural durante más de una década, especialmente en relación con los jóvenes. El derrotero de las actitudes frente al sexo prematrimonial ilumina lo contencioso de las dinámicas de modernización sociocultural en Argentina, algo que también se refleja en las tensiones entre la erotización de la cultura visual (basada en la creciente exhibición del cuerpo femenino joven) y los mecanismos persistentes e incisivos de la censura. De ahí el marcado contraste, en este último aspecto, entre los años sesenta argentinos y el tan mentado “momento permisivo” que se vivió durante el mismo período en Inglaterra, Alemania Occidental o Italia.²⁴

En las décadas de 1950 y 1960 en Argentina, proliferaron culturas juveniles asociadas a nuevas prácticas de consumo, tal como ocurrió en casi todas partes de América y Europa Occidental. En 1942, el sociólogo Talcott Parsons acuñó el término “cultura juvenil” para denominar pautas conductuales de los adolescentes estadounidenses cuyo eje era el “afán de ‘pasarla bien’”, el consumismo.²⁵ Durante el mismo período se difundió el término “*teenager*” en informes empresariales y en los medios masivos, al principio para denotar un mercado específico: el de los adolescentes. En las investigaciones sobre Estados Unidos y Europa es un lugar común identificar la demografía del *baby boom* y el ciclo de afluencia económica de mediano plazo, iniciado en la posguerra, como factores decisivos para la ubicuidad del adolescente y la expansión del mercado

²² Herzog, *Sex after Fascism*; Sohn, *Âge tendre et tête de bois*; Bailey, *Sex in the Heartland*.

²³ Cosse, *Pareja, sexualidad y familia en los años sesenta*.

²⁴ Herzog, *Sex after Fascism*, pp. 153-170; Collins, *Modern Love*, pp. 134-160.

²⁵ Parsons, “Age and Sex”, pp. 89-102.

dirigido a los jóvenes.²⁶ Estas condiciones no ocurrieron en Argentina. Aunque a fines de los años cuarenta se registró una sutil recuperación en los índices de natalidad, el alza palidece en comparación con América del Norte y Europa Occidental, y lo mismo sucede con las cifras del “mercado juvenil” durante las décadas siguientes. Sin embargo, estas no son las principales razones que diferencian mi abordaje del que predomina en los estudios sobre la juventud y el consumo. Con su enfoque en la creación de un “mercado juvenil” en el que interactuaban jóvenes de todos los estratos sociales, los historiadores han tendido a omitir una evaluación exhaustiva de cómo las prácticas de consumo sirvieron para modelar y poner en evidencia distinciones entre ellos. Hasta los artículos a primera vista más igualadores, como los pantalones de jean, sirvieron para forjar distinciones: en la Argentina de los primeros años sesenta, por ejemplo, los varones jóvenes de extracción obrera usaban los “vaqueros” de industria nacional, mientras que los de estratos medios buscaban las marcas importadas de Estados Unidos para señalar su distinción cultural, que era también y fundamentalmente de clase.

Como estudio original de un caso específico, este libro aporta nuevas percepciones sobre un fenómeno eminentemente transnacional. Entendida como “unidad” de análisis y experiencia, la juventud trascendió las fronteras nacionales y —especialmente después de la Segunda Guerra Mundial— pasó a formar parte de una red cada vez más interconectada de ideas, imágenes y sonidos.²⁷ Los jóvenes argentinos participaron en esa red y tejieron su versión local. Por ejemplo, mientras se convertían en actores políticos cruciales, los dirigentes universitarios rechazaban toda comparación con sus homólogos europeos y evaluaban “su 68” como insuficientemente revolucionario. Esto ocurría al mismo tiempo que los estudiantes franceses e italianos invocaban el liderazgo de Ernesto “Che” Guevara y Ho Chi Minh y reivindicaban el denominado Tercer Mundo en la construcción de sus identidades políticas. Las interconexiones existieron, sin duda, pero en este libro procuro entablar un diálogo crítico con los estudios europeos y estadounidenses sobre la juventud. En particular, aspiro a que mi análisis contribuya a desesta-

²⁶ Fowler, *Youth Culture in Modern Britain*, pp. 126-136; Gorgolini, “Il consumi”; Osgerby, *Youth in Britain since 1945*, pp. 30-49; Palladino, *Teenagers*, pp. 97-115; Sohn, *Âge tendre et tête de bois*, pp. 79-90.

²⁷ Tomo de Seigel, “Beyond Compare”, la noción de lo transnacional como “unidades que rebasan y permean las fronteras nacionales”.

bilizar el consenso según el cual la juventud se convirtió progresivamente en protagonista cultural y política, desde mediados del siglo xx hasta la década de 1970, por motivos vinculados a la expansión económica de posguerra y la democracia liberal. Estas premisas se han aceptado como universales, pero se vuelven casi insostenibles cuando incorporan comparaciones con casos como el de Argentina, donde la misma “era” transcurrió en un contexto de inestabilidad económica y autoritarismo político. En lo que concierne a América Latina, mi objetivo es sumar un aporte para un campo de estudios, el de la historia de la juventud, mucho más incipiente que el de los países del Atlántico Norte. Hasta ahora los historiadores se han enfocado en gran medida en los estudiantes universitarios y las formaciones contraculturales de países como Brasil, México, Chile, Nicaragua y Uruguay.²⁸ Mi expectativa es que el presente libro sirva para comprender mejor la dinámica de renovación cultural y radicalización política en cuyo marco los jóvenes pasaron a ser los actores más visibles de la época, y la categoría “juventud”, la superficie sobre la que reverberó la ubicua sensación de inminencia, de “cambio a punto de ocurrir”, que marcó las décadas centrales del siglo xx en América Latina.

POLÍTICA, CULTURA Y SEXUALIDAD EN ARGENTINA

En este libro “uso” la categoría de juventud como recurso estratégico para explorar las historias de la política, la cultura y la sexualidad en Argentina desde la década de 1950 hasta el final de la última dictadura militar. Lejos de seguir derroteros independientes, estos tres “niveles” se entrecruzaron de las más diversas maneras en su desarrollo, y —tal como apunto a demostrar en las páginas que siguen— una historia multifacética de la juventud puede ofrecer un punto de vista privilegiado desde donde analizar sus interacciones. La historia argentina del período comprendido entre mediados del siglo xx y los años setenta se ha narrado con un predominio abrumador de la lente política. Contamos con abundancia de estudios sobre la constante crisis de legitimidad que

²⁸ Zolov, *Refried Elvis*; Dunn, *Brutality Garden*; Barr-Melej, “Siloismo and the Left in Allende’s Chile”; Langland, *Speaking of Flowers*; Markarian, *El 68 uruguayo*, y la tesis doctoral de Barbosa, “Insurgent Youth”.